

Las montañas no envejecen

Ángel Marco Barea *

Nuestra vida no es capaz de apreciar el envejecimiento natural de las montañas. Sin embargo, el resultado de las actuaciones de nuestra civilización en el medio natural rompe el funcionamiento de multitud de sistemas y pone en peligro su supervivencia, fractura nuestra esperanza de que el paisaje que hemos conocido nos sobreviva. Pertenece a una generación que contempla su propio envejecimiento y paralelamente aprecia los cambios que el hombre, a un ritmo frenético, impone en el medio físico y biológico que le rodea, algo inaudito en tiempos pasados.

En la década de los ochenta del siglo XX ascendíamos a Javalambre con pernocta en el antiguo refugio Rabadá y Navarro. Aquel pequeño edificio se construyó con un estilo de los inicios del montañismo. No había grandes comodidades: gruesos muros de piedra para protegernos de la intemperie, unas tablas corridas elevadas para echar el saco de dormir y un fuego bajo donde acurrucarnos con sentimentales charradas a la luz de la lumbre. Anexo, mantenía un pequeño recinto para caballerías, el medio de apoyo para trabajar en estas escarpadas laderas, tanto por los que subían a por leña como por los que llegaban por el simple placer de ascender.

El mundo rural vivía los coletazos de un éxodo que lo había dejado casi vacío; nadie apostaba por su futuro. Los campos de cultivo se abandonaron, los árboles recuperaron espacios perdidos, fondas y tiendas cerraron, y las puertas de las casas apenas se abrían salvo en la fiesta patronal de Agosto. Quienes, en nuestro tiempo libre, nos aventurábamos a disfrutar del silencio de aquellos lugares éramos una novedad, bichos raros que invadíamos un espacio del que todos huían.

Sin embargo, la utilización del medio rural para el ocio iba a suponer una nueva oportunidad para muchos de esos pueblos. La apuesta por el desarrollo del sector servicios surgió como respuesta a la demanda de las gentes de la ciudad, necesitadas de un espacio de esparcimiento alejado de su ritmo de vida diario, donde desarrollar ejercicio físico, descargar tensiones y, por qué no, buscar una identidad perdida en una urbe masificada, pero no por ello menos individualista. Los nuevos usuarios del medio rural se repartieron entre los que simplemente pretenden observar el entorno, buscar sentimientos perdidos o hallar refugio en la soledad del campo, y aquellos que apuestan por desarrollar actividades llamadas de aventura o de turismo activo. En estos años, unos y otros han dejado su huella en el medio.

La invasión de la cumbre de Javalambre por una nueva actividad en torno al turismo de nieve ha conllevado la necesidad de reformas en aquel antiguo refugio de piedra, para adaptarlo a la demanda de nuevos clientes. De la mejora en sus instalaciones también nos beneficiamos quienes sólo pretendemos recorrer antiguos senderos y necesitamos un lugar cómodo donde dormir y descansar. Se han abierto nuevos hoteles, fondas y tiendas. Se han acondicionado los caminos con el fin de tener carreteras capaces de dar acceso a varios miles de vehículos cada fin de semana. Todo ello ha supuesto una oportunidad para relanzar la actividad económica.

El nuevo modelo de uso del territorio ha supuesto cambios en el paisaje que advertimos quienes ya accedíamos a la montaña en la década de los ochenta, pero hay que ser justos en la crítica. Aunque a veces estas montañas no nos acojan con el silencio que encontrábamos antaño, se ha abierto a cambio una puerta que permite seguir habitándolas. No hay que olvidar que para conservar su calidad de vida, la que buscan los visitantes y la que necesitan los habitantes, se precisa no sólo invertir en infraestructuras; es necesario prever también la restauración de los impactos negativos de estas obras. Debemos buscar formulas para que la gestión del paisaje, sin el impulso de las actividades tradicionales que lo modelaron (agricultura y ganadería), signifique no sólo cambios estéticos, sino también estabilidad para su supervivencia.

Un poco más viejos, seguiremos retornando a una montaña que apenas ha cambiado, aunque se le hayan abierto algunas cicatrices que quedaron marcadas por no haberlas sabido curar a tiempo. Deseamos que quienes nos sigan puedan contemplar la sierra desde este ángulo de quienes vemos en ella no sólo un espacio para la diversión, sino también para encontrar un pasado histórico, su cultura, para compartir el espacio con la vida silvestre, y hasta para reencontrarnos con nuestro interior. Valores gratuitos, pero no por ello banales.

** Socio del GAJ*